

váez, tuvo en su mano los destinos de la patria!.. Casi al mismo tiempo lo han olvidado sus amigos y sus enemigos; éstos porque ya no les estorba, aquéllos porque ya no les sirve... Á lo menos los partidos que él venció con las armas en la mano, una vez en 1856 y otra vez en 1866, han echado un velo sobre su memoria y no ultrajan su nombre. Pero los que cantaron con ardiente entusiasmo uno y otro triunfo, aprovechándose de victorias á tanta costa ganadas, no han vacilado un instante en hacer causa común con sus más fieros enemigos... ¿No es este un ultraje hecho á la memoria del general O'Donnell?... ¿Sería este triste detalle el último término de la expiación decretada por la Providencia?..

Nosotros, que no fuimos sus cortesanos en la fortuna ni sus detractores en la desgracia, recordamos aquí su nombre con sincera pena, y tributamos á su memoria el homenaje de una noble compasión y de un justo respeto.

CAPITULO II

LA BARRICADA

Ha sido preciso buscar la continuación de nuestro relato en los sangrientos sucesos de 1866, porque en ellos encontramos, como en su propio lugar, á uno de los personajes que hemos visto aparecer en la primera parte de este libro, y que nos es absolutamente indispensable para proseguir la narración comenzada, por el papel importante que le veremos desempeñar en el curso sucesivo de nuestra historia.

Tal vez si aquellos acontecimientos no hubieran ocurrido, no habría tenido ocasión de suceder lo que vamos á referir, y en tal caso yo nada tendría que contar.

Antes de amanecer aquel día, que no fué por cierto el último de nuestras desdichas, las gentes que trasnochan pudieron ver las primeras sombras de la tempestad que se venía encima. Grupos de siniestras figuras cautelosamente amparados, ya en una esquina, ya en otra, en orden estratégico, anunciaban que el sol, pronto á aparecer en el horizonte, debía alumbrar terribles escenas. El centro directivo de la conjuración, servido á la vez por diversos emisarios, debió lanzar su última orden, pues casi á un mismo tiempo comenzaron los sordos trabajos de las barricadas por todo el ámbito de la población.

En una de las calles que, por su posición, debía ser objeto de los primeros ataques, y que hasta entonces había

permanecido desierta, apareció un grupo silencioso como de unos doce hombres, dirigido por otro que marchaba delante; andando con la precaución del que trata de evitar el ruido de los pasos, precaución que á su vez imitaban los doce hombres que lo seguían. Antes de llegar al extremo de la calle, el jefe se detuvo y alzó el brazo, á cuya señal el grupo hizo alto. Así permanecieron un momento, como quien escucha ó como quien espera. Por el extremo de la calle á que daba frente tan silenciosa avanzada, se adelantó una sombra, llegó al primer farol y la luz se apagó, pasó al segundo y sucedió lo mismo; de esta manera se fueron sucesivamente apagando los faroles que iluminaban la calle. El autor de esta operación, digámoslo así, tenebrosa, era un empleado de la empresa encargada del alumbrado público, que, como todos los días al amanecer, iba cerrando los tubos del gas. Al acercarse al grupo, en el cual sin duda no había reparado hasta entonces, pareció sorprendido y receloso, y se detuvo, preguntando á media voz:

— ¿Se puede pasar?

— Adelante — le contestó el jefe; — y silencio.

El hombre pasó y continuó apagando luces.

Llegó á la primera esquina y dobló la calle á tiempo que de la puerta entreabierta de una taberna inmediata salía un sereno.

— ¡Hola, compañero! — exclamó el apagaluzes. — Parece que la cosa va de veras.

— Vaya si va — añadió el sereno guiñando un ojo. — Antes de media hora arde Madrid.

Dentro de la taberna sonaba un rumor semejante al que produce el vuelo de un enjambre de abejas.

Entre tanto, el jefe del grupo que hemos dejado en medio de la calle se acercó á una puerta sobre la que había una tabla pintada de azul, dejando destacar en letras grandes y negras la palabra «Prendería.» A esta puerta

tocó dando un solo golpe, y haciendo sonar las puntas de los dedos como si imitara el redoble de un tambor. Abrióse la puerta y el que había llamado dijo:

— Vamos.

Adelantóse el grupo y fué poco á poco desapareciendo en el hueco obscuro de la puerta entreabierta, sólo el jefe permaneció en la calle, pero no estuvo mucho tiempo solo, porque á los pocos instantes comenzaron á salir uno á uno los que habían entrado; cada uno sacaba en las manos un instrumento á propósito para la obra que iban á emprender.

— Aquí — dijo el jefe, señalando el sitio que él ocupaba y extendiendo el brazo de una acera á otra.

Inmediatamente comenzaron á desempedrar la calle unos, mientras otros colocaban las piedras formando un ancho muro que partía la calle, formando una elipse. Sobre este muro, que llegó á tener la altura regular de un parapeto, se construyeron troneras para que doce hombres pudieran hacer fuego á cubierto de las balas enemigas.

Detrás de esta barricada, y á una distancia de cincuenta pasos, levantaron otra. Ambas fueron revestidas por la parte exterior con un segundo muro formado con sacos de arena, que previamente se habían reunido en el sótano de la prendería.

Ya había salido el sol cuando la obra quedó terminada. En aquel momento se oyó lejana gritería, cuyo tumulto fué acercándose poco á poco, viéndose la calle invadida por una turba que venía escoltando un convoy de armas y municiones extraídas del cuartel de San Gil, donde ya ardía voraz el incendio de la insurrección.

El jefe del primer pelotón que vimos llegar, apartó á los que le rodeaban, adelantándose á recibir á los tumultuarios. Vestía una americana de color gris y un pantalón de la misma tela, sujeto desde la rodilla al pie por polainas

de cuero; ceñía su cuerpo, marcando la rectitud de la espalda y la anchura de los hombros, un cinturón de correa negra, del cual pendía una bolsa al lado derecho, repleta de municiones. Inclínada sobre la frente hasta tocar bien marcadas cejas, caía el ala abarquillada del sombrero *hongo*, también ceniciento, que cubría su cabeza con gallardía y con gracia, dando á las líneas enérgicas de su varonil fisonomía la sombra imponente de la audacia; y por último, sujetaba en sus manos una magnífica escopeta de dos cañones.

La mirada viva y penetrante, los bigotes largos, la soltura de los movimientos y el tono imperioso de sus palabras distinguían su persona del resto de las figuras, más ó menos grotescas, más ó menos patibularias, que le rodeaban. Era indudablemente, como ya hemos supuesto, el jefe de aquellas fuerzas, que de un momento á otro iban á entrar en combate, pues en medio de los gritos de la muchedumbre que daba vivas y pedía armas, se oía el estampido del cañón que retumbaba á lo lejos.

Era el jefe, y además debía serlo; se imponía con su sola presencia; llevaba en su valor y en su persona los títulos de su autoridad; se hubiera hecho obedecer, aunque no hubieran querido obedecerle.

De un brinco ágil y vigoroso saltó sobre la segunda barricada y se lanzó al encuentro de los que venían. La turba se detuvo al verle, hizo depositar en el suelo los pertrechos de guerra, y comenzó á repartir equitativamente armas y municiones: eligió cuarenta hombres, organizó el resto de la fuerza en pelotones de diez, dió á cada uno su jefe, y los distribuyó á retaguardia de las barricadas en los puntos que consideró más conveniente para reforzar los parapetos si era necesario, ó cubrir la retirada en caso preciso, que se habla de verificar por las calles laterales.

Uno de los jefes de pelotón, queriendo infundir entu-

siasmo en su gente, ó tal vez deseando ocultar su propio miedo, prorrumpió con voz desaforada en un *viva* intempestivo. El hombre de las polainas de cuero blandió enérgicamente su escopeta, impuso silencio y dijo:

— Ahora se trata de saber morir; después viviremos.

El ruido de la calle penetró en las casas, cuyas puertas y cuyos balcones comenzaron á abrirse, las primeras para volverse á cerrar, y los segundos para dejar ver las caras atribuladas de los vecinos asustados. Sin embargo, el momento supremo del terror no había llegado todavía, y entre tanto los vecinos pacíficos gozaban más ó menos tranquilamente del espectáculo que la calle les ofrecía. Cada uno haría interiormente los votos que quisiera, pero ello es que aquellos semblantes espantados, pálidos y soñolientos, tenían bocas para sonreír á la insurrección que amenazaba con todos los desastres de un profundo trastorno.

Aquel poder invasor y tumultuoso que aún no había triunfado, empezaba ya á tener cortesanos; la opinión pública, aterrada, se mostraba alegre, quería aparecer cómplice de los mismos que la llenaban de terror y de espanto.

Sólo tres balcones permanecían insensibles bajo las cortinas de sus persianas verdes; correspondían á una casa cuya puerta caía detrás de la segunda barricada. En uno de estos balcones, y oculto bajo la persiana, se hallaba un hombre joven, en la plenitud de la virilidad, que con mirada atenta seguía los pasos y espiaba los movimientos del que hemos declarado jefe de la insurrección en aquel departamento.

A la parte inferior del balcón una señora de nobilísima presencia asía con sus dos manos la mano del joven y lo atraía hacia sí con dulzura, diciéndole:

— Vamos, Luis; tu curiosidad nos puede ser funesta; esa gente no respeta nada..., los pobres no saben lo que se

hacen..., y ya ves, puede escaparse un tiro y suceder una desgracia. Entrate, Luis; entráte.

— No — le contestaba Luis, — todavía no hay peligro en estar en el balcón. Es fácil que se escape un tiro, pero sería muy raro que viniera á herirme.

— No digas á herirte, di á herirme — replicó la señora.

El besó por toda respuesta las manos que sujetaban la suya, y la señora añadió:

— Vamos, hijo mío, vamos. Si con tu sangre pudieras evitar una sola de las muchas desgracias que van á ocurrir en este triste día, doblaría la cabeza ante los designios de la Providencia y hasta envidiaría tu suerte; mas exponerte así inútilmente...

— Ya sé que mi vida no me pertenece — dijo él, — y ya sabe usted cuánto la estimo y cuánto la guardo; pero no veo aquí peligro ninguno.

— Tú no conoces el miedo; por consiguiente, nunca ves el peligro.

Pronunció la señora estas palabras con acento de temor y de orgullo, y el joven contestó:

— Bien, me complace mucho que mi madre tenga de mí tan ventajosa idea. Sin duda alguna cree usted, señora, que soy un héroe, porque permanezco en el balcón habiendo en la calle una turba armada que no sabe lo que quiere.

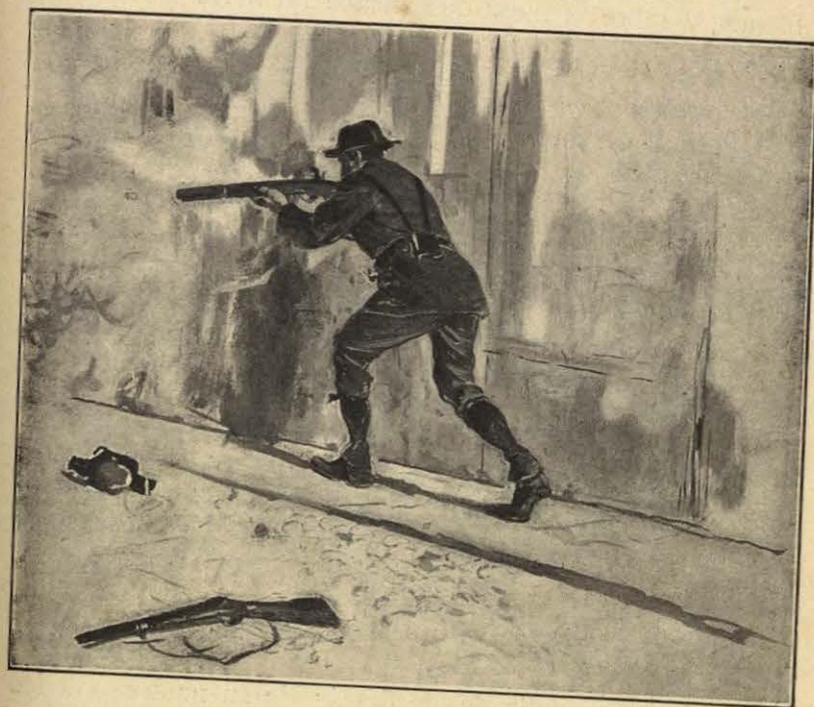
— No — replicó la madre; — no es heroísmo exponerse á la contingencia de una bala perdida, cuando ninguna causa noble ni ninguna razón justa te obliga á ello.

— Vamos, quiere usted que el héroe de su hijo, que no conoce el miedo, sea hoy tan cobarde que se esconda en el último rincón de la casa, mientras mire usted, mientras todo el mundo está en los balcones.

— Aun así — dijo ella, — ¿qué curiosidad puede inspirarte ese espectáculo?.. ¿No te repugna la ceguera de esos

hombres que la ambición desencadena lanzándolos á los horrores de un combate?

— Verdaderamente no es curiosidad, sino compasión, lo que me inspiran, porque en la imposibilidad de desengañarlos, debemos compadecerlos.



— Malo, dijo Luis. De este modo no va á quedar un guardia civil en pie

— Pues bien, compadécelos, hijo mío, á la parte adentro del balcón.

Diciendo esto atraía hacia sí al joven, que se dejó arrastrar sin resistencia.

— Ven — añadió, — ven, y verás...

Sin soltar la mano de su hijo cruzó el gabinete en que se hallaban, y por una puerta de escape salió al pasillo.

— ¿Me va usted á esconder debajo de su cama? — preguntó el joven.

— Entra — dijo la señora descorriendo una cortina á la cual se había acercado.

Ambos entraron en una habitación pequeña contigua al dormitorio de la señora. Enfrente de la puerta se levantaba un altar, formado por una mesa cubierta con un paño blanco, y sobre la mesa descansaba un hermoso crucifijo de talla, al que alumbraban dos velas de cera sostenidas por dos candeleros de plata.

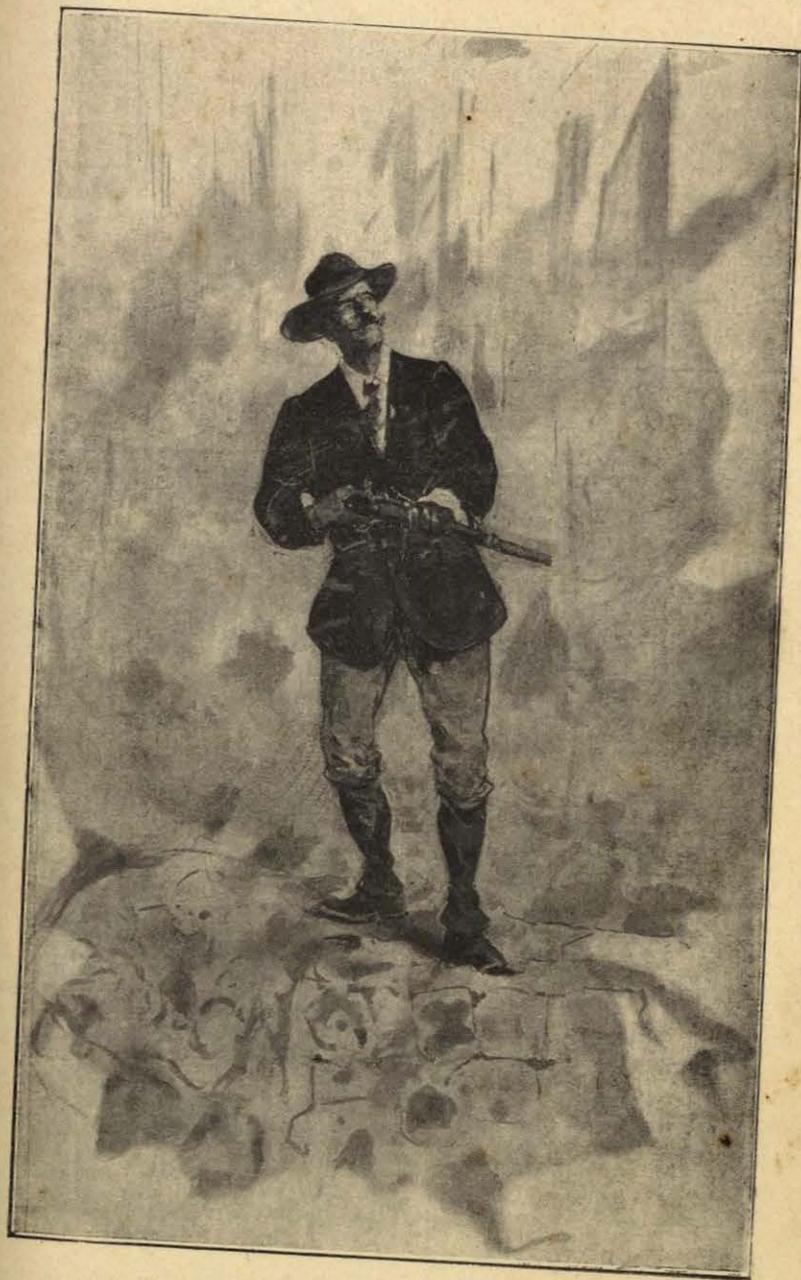
— Aquí — exclamó ella — debemos pedirle á Dios que los ilumine.

En aquel momento alzóse en la calle espantosa gritería, mezclada al estrépito de puertas apresuradamente cerradas, sucediendo después un triste silencio, silencio pauroso, que fué interrumpido por la detonación de un fusil. A esta voz de fuego, lanzada por el fuego mismo, contestó una descarga que retumbó en la calle como un trueno.

La madre cayó de rodillas delante del altar, y ocultando el rostro con las manos, comenzó á recitar en voz baja una oración fervorosa. Los tres criados que formaban la servidumbre de la casa entraron despavoridos en el oratorio.

Luis permanecía de pie detrás de su madre, con los brazos cruzados y la frente erguida. Poco á poco fué retrocediendo hasta encontrarse en el pasillo. Entonces se deslizó silenciosamente, y se lanzó al balcón de donde su madre lo había quitado. Allí se tendió en el suelo, y adelantando la cabeza miró por debajo de la persiana.

Al pronto no vió más que una nube de humo; luego distinguió á alguna distancia de la primera barricada las fornituras amarillas y los sombreros fundados de la guardia civil, que atacaba, adelantando por ambas aceras de la calle de portal en portal. Pero este ataque era débil para dominar el fuego continuo que salía de la barricada, de-



MONTERO ESPERÓ EL ATAQUE DE PIE SOBRE EL PARAPETO

fendida por veinte hombres, que disparaban de diez en diez, dirigidos por el hombre de las polainas de cuero, cuya escopeta estallaba de vez en cuando con terrible puntería.

— Malo — dijo Luis hablando consigo mismo y teniendo pegada la cabeza al suelo del balcón. — De ese modo no va á quedar un guardia en pie.

Y en efecto, ya había algunos tendidos en las aceras sin movimiento, mientras que otros se arrastraban heridos.

— ¡Bravo! — exclamó de repente viendo adelantarse una masa de soldados que llenaban la calle de acera á acera. — Cargan á la bayoneta.

Así era la verdad: la masa avanzaba sobre la barricada, formando una ola de fusiles. De repente vaciló, detenida por una tremenda descarga; se arremolinó sobre sí misma, é inmediatamente presentó su primera fila alineada y compacta, como si el fuego del enemigo no hubiera penetrado en ella.

— ¡Bien! — gritó Luis desde el balcón sin poder contenerse.

En el momento mismo la columna que avanzaba rompió á la carrera, saltando impetuosa sobre el parapeto antes que pudieran hacer una nueva descarga los que lo defendían.

El hombre de las polainas de cuero, de quien Luis no quitaba los ojos, se encontró solo entre las dos barricadas, y emprendió la retirada sin volver la espalda al enemigo. Dos veces disparó su escopeta, y dos víctimas cayeron, mientras él, semejante á Aquiles, parecía invulnerable: las balas no se atrevían á tocarle.

Al saltar sobre el segundo reducto volvió la cabeza y se echó atrás el sombrero. Luis pudo distinguir sus audaces facciones, y al verlas exclamó sin poder contenerse:

— ¡Ah..., es Montero!.. No podía ser otro.

Inmediatamente empezó el ataque de la segunda barricada, que debía resistir enérgicamente el ímpetu de los soldados victoriosos.

Montero esperó el ataque de pie sobre el parapeto. Este acto de serenidad y de arrojo contuvo á los fugitivos, y antes que empezara el asalto comenzó la resistencia.

De pronto vió Luis á Montero vacilar sobre la barricada; vió que la escopeta se escapó de sus manos, lo vió extender los brazos en el aire, doblar las rodillas y caer de cabeza por la parte interior del parapeto. No se detuvo; abandonó el balcón, y como fuera de sí se lanzó á la puerta que daba á la escalera.

Su madre, que lo había echado de menos en el oratorio, le salió al encuentro exclamando con angustia:

— ¿Dónde vas?..

— Voy — le contestó — á salvar una vida, y tal vez un alma.

— Yo voy contigo — dijo la madre asiéndose al brazo de su hijo.

— De esa manera me quedo — contestó el joven con firmeza.

La señora alzó los ojos al cielo, abrió la puerta de par en par, y señalándole la escalera, pronunció estas palabras:

— Vé y cumple tu designio...

Luis le besó la mano y desapareció, mientras ella se oprimía el pecho con ambas manos como si quisiera contener los impulsos de su corazón de madre.

CAPÍTULO III

HERIDO Y PRISIONERO

En el mismo gabinete desde cuyo balcón hemos visto, aunque ligeramente, una de las sangrientas escenas del día 22 de junio de 1866, se encuentran dos personas de bien distinto aspecto, sentadas una enfrente de otra. La primera parece que está en su casa, según el traje y la actitud. Envuelta en una bata verde de largos cordones y anchos bolsillos, se reclina con completo abandono en los brazos siempre abiertos de una inmensa butaca, con la cabeza apoyada en el respaldo, dejando vagar la mirada por los espacios del techo, y echando al aire de tiempo en tiempo suaves bocanadas de humo que extrae de un soberbio habano por medio de una arrogante boquilla de espuma de mar. Con sus prolongados bigotes, que se extienden hasta caer por uno y otro lado de la cara, con sus mejillas macilentas y un tanto hundidas, con sus piernas cruzadas y sus ojos soñolientos, parece el gran turco que fuma indolentemente descansando de las agitaciones del serrallo.

Esto, por supuesto, tomando la butaca por otomana, la boquilla de espuma de mar por pipa, y por turbante el vendaje que rodea su cabeza cubriéndole en parte la frente.

La otra persona ocupa una silla, sobre la cual mantiene el cuerpo derecho, si bien la cabeza se inclina hacia el suelo, donde al parecer tiene fija la mirada al través de los